entreabierta como petrificada en la última contracción dolorosa!... ¡entreabierta con el último desesperante beso dado á la vida en plena juventud!

. . . . . .

Las flores esparcían alrededor de la muerta su aroma y su frescura; en una habitación contigua lloraban calladamente, con suspirar silencioso, con un melancólico murmurar de manantial inagotable...

Una abejita, despreocupada como en el más delicioso jardín, libaba en las flores... ésta... aquélla... ¡igual que la muerte!... se detuvo sobre la boca de la niña y libó también... libó dulcemente... luégo, con su zumbar discreto, parecía decir:

—Descansa, florecita, que yo laboro! ¡duerme, duerme, que yo, en mis panales, daré tu miel á la vida!

¡LOS HOMBRES!...

Los pajaritos conocen á los hombres... Al verlos venir han revoloteado en las ramas de los árboles, se han agitado inquietos... ¡Saben que los hombres los matan á tiros y deshacen los niditos calientes!...

Los hombres se han detenido cerca de los árboles: son tropas que traen un desdichado reo para fusilarlo.

La sentencia se cumple rápidamente... ¡la víctima cae atravesada por las balas!...

Á la fatídica detonación, los pájaros, alzan-

do el vuelo y huyendo despavoridos, parece que dicen angustiados con su lastimero pïar: «¡Los hombres!... ¡otro nido deshecho!»

¡SIN RASTRO!

De los periódicos locales:
«REGISTRO CIVIL
Defunciones.—Catalina, de
8 á 9 años.»

¡Pobre criaturita! Ha muerto tísica en un hospital!... Sin familia, sin apellidos, sin edad determinada... Nacida de no se sabe quién, para ir á perderse no se sabe dónde... sin inspirar afecto humano ni interés social, sola... ¡absolutamente sola en medio de la inmensi-